

Del Escritorio del Presidente: Dios No Siempre Recompensa el Bien

Rev. Mark R. Rushdoony
Mayo 2003

La naturaleza pecaminosa del hombre le hace propenso a creer el error de que es capaz de agradar a Dios sin ayuda. El primer pecado del hombre fue rendirse frente a la tentación de Satanás “de ser como dioses,” sabiendo o determinando por sí mismo lo que era bueno y lo que era malo. De este modo, el hombre está inclinado a creer que es tan bueno como puede serlo y, quizás, un poco mejor de lo que necesita ser. (Claro está, los hombres con tal actitud a menudo están dispuestos a permitirse a sí mismos un poco de flexibilidad moral de vez en cuando.) Cuando un hombre siente que es capaz de agradar a Dios, tiende a imponer lo que él cree que va a satisfacer a Dios, pero no más. Los hombres que piensan que son lo “suficientemente buenos” para agradar a Dios esencialmente se elevan a sí mismos por encima de Dios y se reparten con Él el reconocimiento y el respeto que les parecen suficientes.

Incluso los hijos de Dios deben estar en guardia en contra de esta actitud de “lo suficientemente buenos.” Aunque redimidos por la sangre de Jesucristo y capacitados por Su Espíritu, todavía estamos sujetos al pensamiento rebelde y a la conducta de los rebeldes que una vez fuimos. Cuando dejamos de pensar los pensamientos de Dios a la manera de Él en obediencia fiel inevitablemente regresamos a nuestros patrones de rebelión ilegal. Repetimos el pecado de Adán y Eva y tratamos de “ser como dioses” determinando por nosotros mismos el bien y el mal.

Es bastante fácil pensar con respecto a los pecados manifiestos que son resultados de nuestra naturaleza pecaminosa. Sí, algunas veces justificamos nuestros actos de pecado si parecen lo suficientemente pequeños e insignificantes ante nuestros ojos. Tal desobediencia a la ley-palabra de Dios es ciertamente un testimonio frecuente de nuestro deseo de ser dioses. Sin embargo, hay una manera más común en la cual, como Cristianos, podemos exhibir una actitud de “lo suficientemente buenos” y esperar que Dios acepte nuestras migajas como si fuesen acciones nobles.

Las Buenas Obras

Cristo abordó este mismo asunto de las “buenas” acciones, y en qué medida son dignas de elogio delante de Dios, en el Sermón del Monte al principio de Su ministerio. Los Cristianos discuten a menudo la cuestión de si los no creyentes pueden hacer alguna cosa buena delante de Dios, o si todas sus buenas acciones son, en sí mismas, pecado a los ojos de Dios debido a su propia posición como rebeldes ante Sus ojos. Sin embargo, quizá sea más apropiado para los Cristianos el reconocer que aún las buenas acciones de los Cristianos puedan no recibir recompensa de parte de Dios. En el Sermón del Monte ése es el asunto más pertinente abordado por nuestro Señor.

Cristo habló con respecto a tres formas de piedad (*Mat. 6:1-18*): el dar caritativo a los pobres, la oración y el ayuno. Sus palabras fueron una advertencia de que no perdiésemos

nuestra recompensa por los actos de piedad: “Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos” (v. 1). Las palabras claves aquí son aquellas que se refieren a *ser vistos de los hombres* como el motivo de los actos piadosos. La advertencia es clara. Si nuestro motivo es el reconocimiento por parte de los hombres entonces “ya tenemos nuestra recompensa” (v. 2). Es decir, el reconocimiento que buscamos, la adulación, y la reputación como un hacedor del bien *es*, en sí misma, nuestra única recompensa. No obtenemos más de parte de Dios.

Cristo dijo lo mismo de la oración. Aquellos que convierten sus oraciones en un *show* “ya tienen su recompensa” (v. 5). Tienen la estima de los hombres y la reputación de piedad que buscaban, pero no tienen más recompensa de Dios, ni siquiera por la oración.

De igual manera, aquellos que ayunan en público para que todos se den cuenta que están sufriendo por su piedad no obtienen nada a manera de recompensa de parte de Dios (v. 16). Su recompensa es la imagen que cultivan en otros.

El mensaje de Cristo es claro. No hagáis buenas obras por causa del reconocimiento. Da al pobre en secreto; ora en secreto; mantén tu ayuno como un acto privado. En cada acto de piedad ten cuidado de evitar cualquier confusión acerca de tu deseo de convertirlo en un *show* a causa del favor de los hombres. Si no se hace esto Dios no recompensará ningún acto de piedad.

Hasta los actos de piedad más legítimos deben ser hechos como servicio a Dios. Dios no quiere ser nuestro motivo de segunda intención. Si nuestro motivo es servir a Dios, debemos llevar a cabo nuestros actos de piedad delante de Él. Si servimos a Dios por cualquier otra razón, esa razón será la fuente de nuestra propia recompensa. Dios no quiere, ni acepta, nuestros motivos secundarios.

Esto tiene una cantidad aparentemente infinita de aplicaciones.

Si un niño hace su tarea para poder salir con los amigos el sábado, esa es su única recompensa. Para ser digno de elogio delante de Dios el trabajo debe hacerse como para el Señor.

Si un hombre es fiel a su esposa por temor a la vergüenza a la que se vería expuesto por causa de una aventura ilícita, ese mantenimiento de su imagen pública es su única recompensa. Para ser digna de elogio la fidelidad debe llevarse a cabo en términos de la obediencia a Dios.

Si una esposa obedece a su marido porque se cansa de estar peleando, entonces cualquiera que sea la tranquilidad que su obediencia proporcione esa es su única recompensa. Para ser digna de alabanza la obediencia ha de ser en términos de su sumisión al pacto matrimonial y a sus votos a Dios.

Si un empleado trabaja fuerte porque espera un aumento, esa recompensa monetaria es la suma que puede esperar. Para ser digno de elogio delante de Dios el trabajo debe ser producto del entendimiento que uno tenga de su responsabilidad delante de Dios.

Si una iglesia tiene como su propósito una asistencia más alta, entonces el incremento de los números será su única recompensa. Dios mira nuestros corazones y juzga incluso nuestros actos de piedad y devoción. Aquellos hechos por cualquier otro motivo que no sea el de honrar nuestra responsabilidad de obedecer fielmente a nuestro Padre Celestial no reciben ninguna recompensa de parte de Él.

Si nos detenemos y nos examinamos a nosotros mismos, quizá encontremos menos causas para esperar bendiciones de parte de Dios de las que pensamos. Incluso si no esperamos intencionalmente que Dios esté satisfecho con lo que le entregamos, nuestros actos de devoción a menudo se dan en incrementos pequeños y lentos.

Las Buenas Obras de los No Creyentes

Aún así, la cuestión de las buenas obras de los inconversos continuará surgiendo. Podríamos definir una obra en sí misma como buena (como opuesta a lo pecaminoso) si está en concordancia con la ley de Dios. El problema es que esto requiere que abstraigamos de manera inapropiada las acciones de los individuos. Como podemos ver de las palabras de Cristo en Mateo 6, no todas las “buenas” obras son dignas de elogio o recompensadas por Dios. Las obras del no creyente ciertamente no hacen mérito para alcanzar la salvación. Eso presumiría que el “jugar a ser dios” de Adán y Eva podría burlar la justicia de Dios. Pero si el no creyente lo que quiere es hacer lo correcto en cualquier caso particular él puede, a veces, hacer simplemente eso. Es decir, su acto o decisión puede haber estado en conformidad a la ley de Dios. El hecho puede ser correcto, pero no puede ser digno de elogio o recompensado, porque no podemos abstraer un hecho del status moral del hombre. Ni siquiera las buenas obras del creyente son dignas de recompensa si son hechas por la razón equivocada.

Los únicos actos de obediencia o piedad que Dios recompensa son aquellos hechos en obediencia fiel a Él. Obedecer a Dios por alguna razón diferente del hecho que Él es Dios y que demanda nuestra obediencia implica que hay mérito o algo digno de elogio en nuestras acciones por sí mismas. Sin el mérito de Jesucristo aplicado en nosotros por la habitación interior de Su Espíritu no hay nada en lo que hacemos que sea digno de encomio delante de Dios. Por lo tanto, al servirle, debemos tener como nuestro único motivo Su alabanza y Su gloria. Los actos de piedad no son para mostrar lo que somos, son para mostrar quien sabemos nosotros que Dios es. Debemos examinar nuestros motivos; Dios no siempre recompensa el bien.